

PARA QUE EL REINE

Plática en la misa del domingo 31-X-71 del RDO. P. MONSEGÚ C. P.

Unas palabras de saludo y exhortación, mientras nos disponemos, por medio de esta celebración litúrgica, a entrar en los trabajos de esta X Reunión de amigos de la Ciudad Católica.

Que en ella quede patente nuestro deseo y nuestro empeño por conseguir que la causa de nuestro rey y señor Cristo Jesús tenga en nosotros y por nosotros, en los demás, esa realización individual y social, privada y pública, a la que Cristo por su realeza tiene derecho, y a la que nosotros venimos obligados a contribuir por nuestra condición de servidores o vasallos de tal Señor.

Cristo —decía Pío XI en su Encíclica *Quas primas*— no sólo tiene derecho al reinado sobre nuestra mente, nuestra voluntad, nuestro corazón y nuestra vida, erigiéndose en Camino, Verdad y Vida nuestra; sino que lo tiene también a reinar sobre todo el cuerpo social, impregnando de su doctrina e iluminando con la luz de su mensaje todas sus instituciones, así privadas como públicas. Y los que nos profesamos suyos, hemos de procurar serlo de verdad, ajustando nuestra conciencia a su ley y trabajando por que todas las cosas sean instauradas en El, según el lema paulino. Que todos le conozcan y le amen y que el mundo como totalidad humana se configure y estructure a la luz de su doctrina hasta conseguir el ideal de una genuina, auténtica y deseable cristiandad.

Para conseguir esto necesitamos dos cosas: llenarnos nosotros de Cristo, de su fe y de su gracia, cosa que conseguiremos por el estudio y la oración constantes, conectando directamente con El, fuente de todo bien; y tratar de llenar luego al mundo y sus instituciones, convirtiéndonos en apóstoles y hombres de acción

a la medida de nuestra capacidad y según las necesidades de los tiempos.

Es un deber la acción por Cristo, ya que El vino a traer fuego a la tierra y ¿qué va a querer sino que arda? (Luc. 12, 49). Pero esa debe tomar su fuerza en la oración, donde se templan las armas para una acción auténticamente cristiana, que no degenera en naturalismo o simple búsqueda de nosotros mismos; en una como evasión, que disipa y no santifica. O, cuando mucho, quede reducida a una acción desacralizada y desacralizante que, lejos de interesarse y dar la primacía a lo espiritual y eterno, sólo se preocupa por lo efímero y transitorio, buscando la promoción humana con mengua de la promoción cristiana.

No olvidemos la hermosa doctrina del Angel de las Escuelas, cuando dice que, estando el bien de las criaturas más en Dios creador que en las criaturas mismas, cuanto más seamos de Dios y más le tengamos de nuestra parte, más y mejor trabajaremos por el bien de las mismas. Sólo se puede ser amigo del mundo y de los hombres como conviene, cuando se es de un modo conveniente amigo de Dios. La buena acción necesita de mejor oración.

Como esto es lo que hoy olvidamos con mucha frecuencia, por eso conviene que lo recordemos. Pues ni el que planta ni el que riega es algo, sino el que da el incremento, Dios (I Cor. 3, 7). Y el mismo Apóstol nos recuerda en ese lugar que no somos más que simples cooperadores de Dios, y nuestra acción debe ir subordinada a la suya, pues somos arada y edificación suya. Por lo cual nos exhorta a mirar bien qué y cómo edificamos y nos edificamos. Porque, aunque todos se digan creyentes, no todos trabajan igualmente por Cristo. Por la sencilla razón —añade— de que no todos se dejan edificar previamente por él como conviene, perdiéndose en sus propios diseños y esfuerzos personales, con olvido de Dios. Así se verifica el dicho de la Escritura: Si Dios no edifica la casa, en vano trabajan los que la contruyen; si él no guarda la ciudad, en vano vigilan sus centinelas (Ps. 126, 1).

Por eso —concluye el Apóstol— examinémonos y probémonos bien para ver cómo trabajamos y edificamos sobre ese fundamento

único, que es Cristo. "Si sobre este fundamento uno edifica oro, plata, piedras preciosas o maderas, heno y paja, todo eso quedará de manifiesto en su día, y en su día se probará cual fue la obra de cada cual" (I Cor. 3, 12-13).

Como Cristo así el cristiano. Antes de empezar su carrera apostólica se retiró al Monte de la Cuarentena. Y mientras ella, pasaba largas horas en oración. Imitémosle pues nosotros. Sepamos alternar la acción con la oración. Y haremos de la buena *cristiandad* (entendida ésta como una etnarquía en la que impera Cristo, llenando sus cuadros familiares, sociales y políticos, los cuadros todos de la ciudad terrena en la medida que sepamos mantenernos muy unidos con Dios y ser muy de Dios. Así ganaremos el mundo para Dios sin dejarnos ganar nosotros por el mundo. Cosa que hoy, desgraciadamente, tantas veces sucede.

Vamos, pues, a trabajar, pero vamos también a pedir mucho para que los ideales de la Ciudad Católica se realicen en nosotros y fuera de nosotros como Dios quiere que se realicen, está en nuestras aspiraciones y exigen las circunstancias de la Iglesia y del mundo de hoy. Busquemos lo primero el reino de Dios, y todo lo demás se nos dará por añadidura (cf. Mt. 6, 33). Que a ello nos ayude esta celebración litúrgica.